

ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA

Carta nº 161: Rosa “guonderful”

Estimados padres:

En demasiadas ocasiones y lugares nos encontramos con mensajes, eslóganes y hasta testimonios en los que, pretendiendo ignorar la realidad estadística, se asegura que todos los sueños son posibles si se pone el suficiente empeño en verlos realizados. En lo que nos traemos entre manos con nuestros hijos, también y, así, no faltan por doquier las tazas, las carpetas y los cojines en los que aparecen estampadas en rosa “guonderful” esas frases presuntamente motivadoras.

Si ello supone un aliciente para pensar que la realidad también tiene zonas de luz (de hecho, son las más extensas), perfecto, pero intentar con ello convertir todos los desiertos en áreas susceptibles de transformarse en oasis, parece ilusorio, nunca mejor dicho. Con ello, a nuestro parecer, no sólo se abona, además, el terreno para que brote la frustración más desoladora sino que se facilita el hecho de que la autoestima disminuya a la vista de lo no logrado. No parece muy acertado confundir, pues, la psicología positiva con la palabrería del charlatán de feria.

Evidentemente que los sueños y las ilusiones (como esperanza de algo bueno y no como alucinación o percepción distorsionada) así como las motivaciones que los generan e impulsan son imprescindibles para darle a la vida de cada uno ese color que la hace digna de ser vivida pero de ahí a creer que en todos los casos y bajo cualquier circunstancia se cumplen, hay una gran distancia. Distancia que, en no pocas ocasiones, conduce a una decepción mayúscula.

De sobra se conoce para el lector asiduo de estas cartas que esta comunidad educativa propone el mirar “hacia arriba” pero sin dejar de sentir el suelo bajo los pies, no vaya a ser que un vano intento de flotar en el aire nos conduzca al inevitable trastazo. En nuestro mismo himno colegial se proclama que “porque arriba están las estrellas / muy alegres al ver nuestros sueños / aquí abajo están nuestras manos / para hacernos del destino dueños.” Pues eso: que los afanes de cada día con nuestras manos (y nuestras cabezas), las de cada uno, según sus condiciones y vicisitudes, son los que pueden realmente conducirnos a esos logros.

Y ese destino al que se alude no puede quedar comprometido por unas expectativas basadas solamente en el deseo y despreciando los límites que nos impone la realidad. La de cada cual. Una realidad transformable, por supuesto que sí -tal es, sin duda, la misión de la acción educadora- pero no hasta el punto del milagro. Al menos no en estas cuestiones terrenales.

Por tanto, ímpetu, todo. Sacrificios y renunciaciones, los que seamos capaces de soportar. Entrega hasta el límite. Y nuestro consejo y nuestras decisiones como adultos que les quieren y de los que son responsables aunque todo ello no garantice la consecución del objetivo. De algunos objetivos. Y, por salud mental, conviene que se tengan planes alternativos y actitud de conformidad (que no es lo mismo que conformismo) para sanar rápidamente las heridas que la desilusión haya podido causar. En ellos pero también en nosotros.

Poco favor se hace, desde nuestro discutible punto de vista, si a nuestros hijos les educamos en la convicción de que, siempre y sin matices, querer es poder. Y menos aún, si acompañamos semejante postura con la exigencia de imposibles (transitorios o permanentes) fijando la mirada en otros u otras que, a su vez, viven y tienen otros contextos y otras condiciones o circunstancias de toda índole.

Las actitudes son muy importantes, evidentemente, y se convierten en decisivas cuando acompañan, colaboran y multiplican las posibilidades que ofrecen las aptitudes o capacidades de cada cual y que constituyen un patrimonio, tantas veces heredado desde la Biología y/o acumulado en el curso de la singular experiencia vital de cada uno. Pero no sin estas últimas.

“Conócete a ti mismo”, decía el proverbio clásico. Conocerse a sí mismo exige dispensar una mirada lo más sincera posible a nuestra existencia en todas sus dimensiones (que no son solamente las de la cabeza). Y desde ese conocerse a sí mismo, naturalmente que cada uno puede y debe intentar superarse, aspirar a mejorar esa actualidad que se percibe y que, quizá, no acaba de gustar del todo. Y puesto que el ser humano no acaba de estar rematado nunca para eso, precisamente, están la educación y la enseñanza; la de las familias y la de los establecimientos escolares: para ayudar a reconocerse cada uno en lo que es y en lo que puede llegarse a ser, desde los mimbres con los que estamos hechos y no con los vientos que soplan, contradictorios muchas veces, desde uno u otro extremo de la fantasía. Y es que el dolor y el sufrimiento no son obligatorios cuando se tiene la información adecuada -la obtenida a través de los padres, las lecturas y el propio itinerario personal- y se manejan (o intenta, al menos) con prudencia y sensatez ese puñado de dones que todos albergamos.

La comprensión y la cercanía (que no la tolerancia y el amiguismo); la paciencia y el estímulo (que no la dejadez y la exigencia irracional); serán siempre los mejores aliados para que nuestra tarea de cuidado y guía, contribuya a permitirles ser lo mejor.

Es tiempo para los primeros brotes. Que en ellos, toda la fuerza y energía que acumulan germine en flores y frutos de logro y bienestar.